

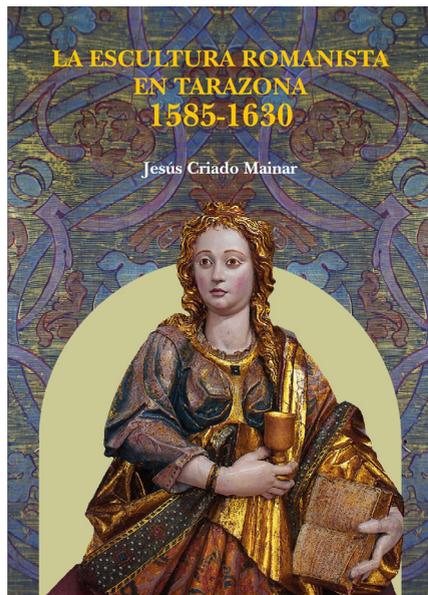
CRiado MAINAR, Jesús, *La escultura romanista en Tarazona. 1585-1630*, Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses de la Institución Fernando el Católico (CSIC), 2020.

ISBN: 978-84-9911-625-9

Referencia: *Santander. Estudios de Patrimonio*, 4 (2021), pp. 285-289.

DOI: <https://doi.org/10.22429/Euc2021.sep.04.11>

ISSN 2605-4450 (ed. impresa) / ISSN 2605-5317 (digital)



Jesús Criado Mainar es Profesor Titular de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Aunque ya en su tesis doctoral (*Las artes plásticas del Segundo Renacimiento en Aragón. Pintura y escultura. 1540-1580*, Institución Fernando el Católico, 1996) incluyó el estudio de algunas obras romanistas, fue en el texto titulado “La introducción de las formas miguelangelescas en la escultura aragonesa” (*Boletín del Instituto y Museo Camón Aznar*, 1999) donde ofreció una primera aproximación a los cambios escultóricos producidos en Aragón a partir de 1580 debido a la llegada de los influjos del arte italiano en general y romano en particular. Este trabajo fue completado por él mismo con otras importantes aporta-

ciones entre las que queremos mencionar el artículo “Juan Miguel Orliens en el taller de Juan Rigalte y los inicios de la escultura romanista en Aragón” (*Artigrama: Revista del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza*, 2008), en el que buscó las razones que permitieran explicar la tardía incorporación de la escultura aragonesa al romanismo, estudió sus primeros hitos en este territorio e insistió en la necesidad que la historiografía artística aragonesa tenía de profundizar en fenómenos de tanto alcance como este.

La continuación de sus investigaciones sobre esta cuestión y el cierre al culto de la colegiata de Calatayud a instancias del Gobierno de Aragón debido a la puesta en marcha de la fase de estudios técnicos para su restauración, llevó al doctor Criado a dedicar su ponencia al *VIII Encuentro de Estudios Bilbilitanos* (celebrado en 2010, cuyas actas fueron publicadas al año siguiente) al análisis de “El retablo mayor de la colegiata de Santa María y la consolidación de la escultura romanista bilbilitana”, considerando al escultor Pedro Martínez el Viejo y al ensamblador Jaime Viñola como los introductores de

las formas miguelangelescas en los obradores bilbilitanos. Este notable texto constituyó el avance de un estudio de mayor envergadura titulado *La escultura romanista en la Comarca de la Comunidad de Calatayud y su área de influencia. 1589-1639*, editado en 2013 por el Centro de Estudios Bilbilitanos de la Institución Fernando el Católico (CSIC) y la Comarca Comunidad de Calatayud.

En relación a ello –pues su factura se debe a artistas bilbilitanos– en 2015 vio la luz su monografía sobre *El retablo mayor de la catedral de Santa María de la Huerta de Tarazona* preparada en colaboración con la doctora Olga Cantos Martínez –codirectora de los trabajos de restauración del mueble entre 2006 y 2011– y editada por el Centro de Estudios Turiasonenses, donde situó esta máquina romanista entre las mejores creaciones aragonesas del momento.

De esta manera, el libro *La escultura romanista en Tarazona. 1585-1630* constituye la prosecución de una investigación que, como el propio autor señala en las primeras páginas, inició hace ya más de dos décadas. El poso de sus reflexiones sobre este tema le ha llevado a escribir un texto de prosa clara y amena, extraordinariamente bien ilustrado y de gran rigor científico que, no en vano, está apoyado en una apabullante cantidad de documentación incluida tanto en el aparato crítico inserto en las notas a pie de página como en el apéndice documental ofrecido al final transcritos *in extenso*. Con estas herramientas, el profesor Criado analiza con detalle los ejemplos de mayor calado de escultura romanista de la ciudad de Tarazona y su área de influencia, destacando entre todos ellos el ya mencionado retablo mayor de la Seo turiasonense.

El libro se divide en seis grandes capítulos de los que el primero, titulado “La escultura en Tarazona al filo de 1600. Un panorama general”, sitúa con gran precisión el problema brindando un recorrido por las obras escultóricas del periodo estudiado en el que contextualiza y relaciona a sus artífices. De entre aquellas, el doctor Criado señala las piezas principales, a las que dedicará un epígrafe concreto más adelante, y a sus creadores, de los que proporcionará su biografía en el último capítulo.

En el segundo capítulo, “El funcionamiento de los talleres de escultura. Contratos de aprendizaje, compañías, y cesiones”, el autor se adentra en la Historia Social del Arte –método del que también se servirá en los dos capítulos siguientes– para describir la estructura y organización de los obradores escultóricos turiasonenses entre 1585 y 1630. Debido a que los profesionales asentados en Tarazona fueron sobre todo ensambladores, la ciudad precisó la presencia de escultores foráneos –procedentes de Zaragoza, Soria o Navarra– para cubrir sus necesidades artísticas. Es por ello por lo que arribaron hasta allí obras de artífices de la talla de Pedro González de San Pedro, Ambrosio de Bengoechea o Juan Miguel Orliens, razón por la que la calidad de algunas de las piezas turiasonenses es más que reseñable.

En este apartado, además, Criado Mainar aborda el tema de la regulación del oficio de escultor en Tarazona, deteniéndose en el proceso de aprendizaje, en la prueba de capacitación o examen que los postulantes a maestros debían superar y en el sistema de sociedades establecidas entre los distintos especialistas en el arte de la madera –carpinteros, ensambladores, entalladores y escultores o imagineros– para poder hacer frente a la confección tanto de retablos como de otro tipo de muebles. En este sentido, resulta paradigmático el consorcio suscrito entre el ensamblador Juan de Berganzo y el escultor Domingo de Mezquia, ambos asentados en Tarazona, para poder ejecutar la sillería del coro de la iglesia del monasterio cisterciense de Santa María de Veruela en 1602.

“El proceso de elaboración material. Adjudicaciones directas. Subastas y concursos. Capitulaciones y visuras” son considerados en el tercer capítulo del libro. En primer lugar, con la intención de ejemplificar el sistema de adjudicación directa, el autor presenta lo sucedido con el retablo mayor de la catedral de Tarazona (h. 1605-1610), para el que su promotor, el obispo fray Diego de Yepes, contrató sin ninguna clase de subasta previa a los mejores artistas de Calatayud, sede de importantes talleres escultóricos en aquel momento, como apuntamos, cuestión bien estudiada por el doctor Criado. Otro de los tipos de contratación era la subasta a remate de candela, procedimiento empleado para el mueble principal de la parroquia de San Juan Bautista de Cortes de Navarra, obra ejecutada por artífices turiasonenses. La última forma de licitación, el concurso, tiene en este territorio diocesano el precioso caso del desaparecido retablo mayor de la iglesia parroquial de Cascante (1592-1601), confeccionado por los prestigiosos escultores ya mencionados Ambrosio de Bengoechea y Pedro González de San Pedro, ambos discípulos de Juan de Anchieta. De ello, el autor ofrece, además, importante documentación inédita.

De igual modo, en este proceso el profesor Criado destaca la claridad de algunas capitulaciones y condicionados técnicos, como el de la peana procesional del busto de Santa Ana de la cofradía de la misma advocación de Tarazona, elaborada por Felipe Los Clavos en 1586; las alusiones a modelos que debían ser emulados; los materiales a emplear; la iconografía a representar; los plazos de ejecución y las visuras, así como la presencia de trazas incorporadas a la escritura notarial, documento de gran valor para el análisis de una obra escultórica o arquitectónica y su ejecución, cuyo estudio pormenorizado lleva a cabo en las páginas siguientes.

En efecto, el cuarto capítulo está dedicado a “El proceso de creación. Los referentes plásticos. El empleo de los tratados y las trazas”, en el que, además de reflexionar acerca de la recepción de modelos y referentes en la escultura turiasonense –entre los que es preciso destacar el tratado de Jacopo

Barozzi da Vignola–, se detiene en las trazas de retablos y peanas procesionales que el propio autor ha localizado en los archivos de Tarazona, Borja, Tudela y otras localidades de su merindad, que reproduce y trata con pormenor. Consideramos que –sin menoscabo del resto del estudio– esta parte constituye una de las más reveladoras del libro. Estos documentos gráficos recogían de forma visual los detalles del encargo y, en ocasiones, eran incluidos parcialmente en los protocolos notariales junto con los contratos de las obras. Aunque lamentablemente no son muchos los que han llegado a nuestros días, el autor ha conseguido reunir una docena de trazas relativas a las piezas estudiadas.

A continuación, el quinto capítulo recoge el análisis detallado de los diez conjuntos de escultura romanista turiasonense más importantes, que son los siguientes: el retablo mayor de la iglesia de San Vicente mártir de Tarazona (1595-1599), antiguo colegio de la Compañía de Jesús; el retablo de la capilla de San Clemente y Santa Lucía de la catedral de Tarazona (h. 1595-1596); el de Nuestra Señora del Rosario, actualmente instalado en el Seminario de Tarazona (1595-1598), pero procedente del claustro de la Seo; la sillería del coro del monasterio de Veruela, cuyos vestigios se custodian en el Museo de Zaragoza (1598-1602); el retablo de Santa Margarita de la parroquia de Santa María Magdalena de Tarazona (1598 y 1605); el mueble principal de la iglesia de San Juan Bautista de Cortes de Navarra (1601-1606); el del templo parroquial de San Pedro de Matalabreras (1604-1617); el retablo mayor de la parroquia de Nuestra Señora de los Reyes de Calcena (h. 1605/07, 1607/09); el de la catedral de Tarazona (h. 1605/08, 1613/14); y el retablo de la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles de la parroquia de Añón de Moncayo (h. 1606-1611). En estos apartados, el profesor Criado hace acopio de todos los datos conocidos acerca de dichas piezas –varias de ellas, además, abordadas por él mismo en otras oportunidades–, y aporta información y/o interpretaciones inéditas que hacen de este estudio de conjunto una inmejorable puesta al día de esta interesante parcela del arte aragonés.

En el último capítulo del libro, el sexto, reúne las biografías de los ocho artistas más relevantes del panorama escultórico turiasonense, en concreto Juan Bazcardo, Juan de Berganzo, Francisco Coco, Jerónimo Estaragán, Miguel Ginesta, Domingo de Mezquia, Mateo Sanz de Tudelilla y Miguel de Zay, en las que incluye importantes novedades. De hecho, varias de ellas constituyen las primeras aproximaciones publicadas a la vida de estos escultores.

Como apuntamos al comienzo de esta reseña, el estudio se completa con un apéndice documental de gran calado compuesto por sesenta documentos –muchos de ellos inéditos– que, unidos a las innumerables menciones docu-

mentales incluidas en el aparato crítico del texto, convierten a este trabajo en una aportación fundamental a la Historia del Arte aragonés.

Rebeca CARRETERO CALVO
Universidad de Zaragoza